

GILGAMESH, LA PRIMERA historia de la Humanidad

5º

PARTE UNO: EL TEMPERAMENTO DE LOS DIOSES

1. Uruk de las Murallas

La ciudad de Gilgamesh era Uruk-de-las-Murallas. Ésta era la más majestuosa de las siete ciudades de Sumeria, y Gilgamesh era su rey. Uruk era una ciudad de templos multicolores, casas de ladrillo, mercados y arboledas extensas. Sus imponentes murallas la protegían de todo tipo de males, desde ejércitos de reyes enemigos hasta repentinas y peligrosas inundaciones, además de ataques de bestias salvajes y la furia de dioses hostiles; pero, por sobre todas las cosas, protegían la ciudad del monstruo Humbaba, quien vivía en una montaña cercana y constantemente lanzaba fuego, humo y hollín por los cielos.

Es precisamente allí, en las murallas de Uruk donde comienza nuestra historia: cierta mañana, un séquito de ancianos de la ciudad subió al piso más alto de uno de los templos construidos sobre las murallas, y allí invocaron secretamente a algunos de los dioses más poderosos.

Cuando los dioses se manifestaron, el más anciano y sabio del grupo se acercó con las manos unidas al dios Anu. Hizo una reverencia y dijo: «¡Oh, padre Anu, hemos venido a presentarte una súplica!».

«Se trata del rey Gilgamesh», dijo un segundo anciano.

Un tercero habló: «Sigue pidiendo que las murallas de la ciudad se hagan cada vez más altas y los templos cada vez más majestuosos, pero ¿quién necesita murallas tan altas?».

«Se ha vuelto una gran carga para todos», dijo un cuarto. «¡La gente necesita reposo!».

«Las madres ya no ven a sus hijos, ni los padres, por cierto. Las muchachas están tristes, sin parejas; ya no se celebran matrimonios. ¡No hacemos más que construir, construir y construir!».

«Los mercaderes de vino no pueden vender sus productos; los músicos están sin trabajo; ¡y no hay alegría!». «Y no hay negocios, ni tampoco tiempo libre!».

«A nosotros sí que nos gustan las altas murallas», dijo uno de los dioses. «A menudo venimos y nos agazapamos aquí por la noche para observar las andanzas de los mortales. ¡Es muy interesante!».

«¡Padre Anu, debes ayudarnos! ¡Debes castigar a Gilgamesh!».

«Y... ¿Qué pretenden que haga?», preguntó Anu. «¿Quieren que le lance piedras al rey desde el cielo?».

«En absoluto, nada de eso».

«Váyanse», dijo Anu. «A mí me agrada Gilgamesh. Es un muchacho magnífico y extremadamente intrépido. Lucha con leones y los puede domar con sus propias manos» Yo lo he visto. Además, sé de buena fuente que él mismo es mitad dios. Estoy convencido de que, si quiere construir muros más altos, él tendrá motivos justos para ello».

Pero la diosa Ishtar no estaba tan convencida. *«Padre, escúchalos, ¡ayúdalos! ¡No quiero que mis doncellas se queden sin sus amantes! ¡No permitiré que las madres extrañen a sus hijos!».*

«Así es», dijo el mayor de los ancianos, *«quizás quieran escuchar nuestro plan, ¡porque tenemos uno!».*

«Es así» —interrumpió un segundo anciano—. *«Queremos que con sus poderes creadores ustedes hagan a un gran hombre...». «Alguien más grande incluso que Gilgamesh...».*

«¡Y más fuerte!», gritó otro con entusiasmo.

«Una bestia salvaje de hombre», dijo un anciano pequeño, *«¡Alguien indomable!».* «Que venga a este mundo, a esta ciudad, y ataque al rey...».

«¡Y lo destruya!», gritaron todos a la vez.

Mientras los ancianos explicaban su plan, la diosa Ishtar hizo una señal a otra diosa llamada Aruru, quien era la encargada de darle forma a los seres humanos..

Aruru se agachó y recogió con la mano un enorme bulto de arcilla. Comenzó a amasarlo y moldearlo, escupiéndole de vez en cuando para mantenerlo suave y maleable. Y mientras los dioses discutían el asunto de aquí para allá, Aruru le dio a la arcilla la forma de un ser humano, tan parecido a Gilgamesh que podría haber sido su hermano. Pero este hombre tenía un aspecto desaliñado y silvestre, y lo más notable era que de su cabeza salían dos cuernos majestuosos, como los de alguna fiera.

Para cuando el padre Anu accedió a las peticiones de los ancianos y a las súplicas de Ishtar, la forma del hombre estaba completa. Aruru lo llevó entonces en brazos a las profundidades de un bosque de cedros y lo depositó en la tierra. Y este hombre era Enkidu.

Durmió allí en la tierra durante un rato y luego se despertó y miró a su alrededor. No sabía quién era ni de dónde venía. Pero una cosa era segura: estaba hambriento. Caminó durante un rato y al fin encontró una higuera con frutos maduros tirados en el suelo. Comió algunos y le parecieron buenos. Luego comió una ramita verde de cedro, pero no le gustó y la escupió. Volvió a la higuera y comió más frutos con todo y rabos, gusanos y algunas hojas.

Deambuló por el bosque bañado por el sol y encontró un manantial de agua fresca. Metió las manos en el agua, bebió, chapoteó en la orilla... Enkidu empezaba a disfrutar de su nueva vida.

Se sentó en cuclillas junto al estanque, escuchando sus sonidos, mirando sus luces centelleantes. Un conejo se acercó furtivamente a la orilla para beber y Enkidu retrocedió despavorido. Pero como la criatura también huyó, volvió a su lugar. Y cuando llegó un segundo conejo, ya no tuvo miedo.

En los siguientes días pudo observar a un jabalí, a un zorro y a un chacal. Vio también a las aves que se acercaban al manantial y mojaban sus alas en él, bebían y sacudían sus plumas. Un pequeño caballo salvaje se acercó a beber, y luego una gacela. A Enkidu le provocó tanta admiración esta criatura de mirada dulce y gentil que extendió la mano para tocarla. La gacela se estremeció y se agazapó para correr, pero luego dudó y se quedó quieta, permitiendo las caricias de Enkidu. Esta gacela se convirtió en su primer amiga; de ella aprendió a comer hierba y pétalos de flores.

El estanque se convirtió en su hogar. Observaba a los animales, los acariciaba y los domesticaba uno a uno. Descubrió que podía correr y saltar con la gacela, pero por mucho que lo intentara, no podía volar con las aves.

Cierta tarde, un gran león, resoplando pesadamente, se acercó al manantial. Los demás animales huyeron, pero Enkidu se quedó quieto observando a aquella majestuosa bestia.

De repente, sus ojos amarillos lo encontraron y, antes de que pudiera reaccionar, la bestia se abalanzó sobre él. Enkidu sintió cómo sus terribles garras se clavaban en la carne a lo largo de los costados y por primera vez en su vida, gritó de dolor.

Pero entonces se defendió. Luchó por su vida contra este animal, su primer enemigo. Primero sintió furia y la tremendísima fuerza de sus músculos. Doblegó al león hacia atrás y le retorció el cuello. Ambos cayeron al suelo, ambos intentando matarse mutuamente.

Se revolcaron atacándose con uñas, dientes y garras por unos momentos hasta que Enkidu sujetó al animal por el cuello y la pata trasera; le arqueó la espalda hacia atrás y después de un estridente alarido, vio a la gran criatura retorcerse de dolor y gemir en el suelo. Tenía espuma alrededor del hocico; la lengua se le había desviado hacia un lado y le colgaba lastimosamente por un lado de su boca. Enkidu supo entonces que tenía sed; sintió compasión y le llevó agua con las manos. Luego lavó la sangre de sus heridas, le acarició la melena y lo cuidó diligentemente durante toda la noche. Por la mañana, el león se alejó cojeando, pero volvió una y otra vez, y también se volvió amigo de **Enkidu**.

2. El encantamiento de Enkidu

Un joven cazador entró corriendo a la cabaña de su padre, quien era pastor, y se escondió en un rincón.

«¿Qué te sucede?», le gritó su padre. «¿Por qué te comportas de ese modo?».

El cazador abrió la boca y dijo a gritos: «¡Oh, padre! He visto a un hombre extraño en el bosque y vagando por las estepas. ¡Cuántas veces te he dicho que mis trampas estaban estropeadas y que me habían robado! Pues bien, hoy he visto al ladrón, padre, ¡un hombre aterrador, con una fuerza como la de las huestes del cielo! Ha llenado los fosos que yo había cavado. Ha desbaratado mis trampas. Ha liberado a los animales y los ha llevado consigo como una leona llevaría a sus cachorros».

«¡Vamos, vamos!», dijo el pastor. «¡Estás viendo cosas, hijo! La caza escasea; ¡has sido descuidado con tus trampas!».

«¡El pelo le brota de la cabeza como un campo de trigo, y tiene cuernos de bestia salvaje!».

«Si te robó la presa, hijo mío, ¿por qué no lo detuviste?».

«Es más alto y más poderoso que el rey Gilgamesh. ¡Me quedé paralizado por el miedo!».

«Si lo que dices es cierto, hijo, entonces debemos informar del asunto al rey. Pero si has mentido, ¡caeremos en desgracia para siempre!».

El pastor y su hijo fueron a la ciudad de Uruk para presentar su queja. Pero allí la población ya estaba difundiendo rumores sobre el salvaje. Algunos decían: «Está cubierto de pelo de la cabeza a los pies», y otros: «¡Es más alto que un gigante y come hierba con las gacelas!».

Fue el mayor de los ancianos quien llevó al cazador y a su padre ante el rey. «Oh, Gilgamesh», dijo el anciano, «hay un hombre salvaje que aterroriza el campo. Roba a los cazadores sus presas y dispersa los rebaños de los pastores. A todo aquel que lo ve lo paraliza el miedo. ¡He oído decir que es más alto y más fuerte que el rey Gilgamesh!».

Gilgamesh, quien no temía a nada, podría haber dicho: «¡Entonces seré yo quien vaya a someterlo y lo traiga cautivo a la ciudad!». Pero no fue así; envió al templo de Ishtar a buscar a una sacerdotisa llamada Harim, devota de la diosa.

Le dijo: «*Harim, tengo una misión para ti; juna que paraliza de miedo incluso a los cazadores más valientes!*».

«*Entonces tengo miedo*», dijo Harim.

El mayor de los ancianos habló con ira: «*Esta no es una tarea para una muchacha, oh rey; ¡es una tarea para un hombre valiente, un héroe!*».

«*Bah, bah*», dijo Gilgamesh. «*Es una tarea para una muchacha, con sonrisas y encanto. Ve, Harim; ablanda el corazón del hombre salvaje y tráelo de vuelta a la ciudad*».

Harim fue conducida por el cazador hasta el límite del bosque, y ella notó que él comenzaba a temblar de miedo. «*Vuelve a la cabaña de tu padre*», le ordenó. «*Si consigo domesticar al hombre salvaje, lo llevaré yo sola a la ciudad*».

El cazador se sintió avergonzado por la valentía de la joven. «*No entres en el bosque, oh Harim; yo mismo iré*». Pero la sacerdotisa se rió de él y lo envió a casa.

Se adentró entre los oscuros cedros; escuchó los sonidos de las aves y el parloteo de los monos. Observó los rayos de sol que se filtraban entre las ramas e iluminaban las flores, el musgo y los helechos del suelo del bosque. «*¡Qué lugar tan tranquilo! ¿Cómo podría acechar aquí algo maligno?*». Harim encontró un manantial fresco que brotaba agua fría. Se sentó junto a ella en una piedra, se desató las sandalias y sumergió los pies en el agua.

Enkidu llegó al sitio junto con el pequeño caballo salvaje y la gacela. Al acercarse, las dos bestias se pusieron nerviosas, olfatearon el aire y huyeron. Pero Enkidu se quedó quieto; se preguntaba qué nuevo peligro se cernía sobre ellos, qué bestia desconocida podría haber acudido al estanque.

Cuando vio a la chica sentada allí, se quedó sin aliento y se sintió abrumado. Aún no había visto a ningún ser humano, y esta criatura le pareció el ser más asombroso y encantador que jamás había visto. Se quedó quieto para no asustarla.

Harim contempló su gigantesca figura, sus cuernos prominentes y su aspecto desaliñado, y habría huido, pero no podía moverse. Abrió la boca para gritar y no pudo emitir ningún sonido. Estaba paralizada por el terror. Y Enkidu, al darse cuenta de esto, permaneció en silencio; se había hecho amigo de muchas criaturas tímidas y conocía sus formas.

Cuando la sacerdotisa vio la dulzura de sus modales, recuperó un poco el valor. Llamó con timidez: «*¡Hola!*».

Enkidu no sabía hablar. Podía balbucear un poco, como los monos. Podía ladrar como un zorro o trinar como muchos pájaros. Tenía varios saludos para sus amigos salvajes, pero este nuevo animal emitía sonidos que él no entendía.

No ladró ni rugió, sino que se quedó perplejo mirando a la chica. Ella volvió a hablar y le extendió las manos en señal de saludo.

Enkidu se acercó lentamente y se sentó en la tierra junto a los blancos pies de Harim. Ella le dijo todo tipo de cosas y él no entendió nada. Ella le hizo muchas preguntas que no pudo responder. Pero sentía júbilo en su corazón y una gran alegría por el simple hecho de estar sentado a su lado.

¡Qué fácil le había resultado conquistar a Enkidu! Harim sonrió, pero ahora empezó a sentir un nuevo tipo de miedo. ¿Cómo podría llevar a este gran hombre, tan gentil e inocente, de vuelta a la ciudad de Uruk? ¿Se le echarían encima y lo matarían? ¿Se burlarían de él? ¿El rey lo metería en una jaula y lo llevaría por las calles sobre las espaldas de los soldados? Se estremeció.

No, primero debía enseñarle las costumbres de la gente, la forma de vivir.

«¡Al-ka ti-ba in-a ga-ag-ga-ri!», dijo Harim. «¡Ven, levántate del suelo!». Pero el hombre salvaje no la entendió. Así que ella le enseñó la palabra para «levantarse» y, después, la palabra para «sentarse». Le enseñó las palabras para «caminar», «correr», «hablar», «reír» y «comer», y él las repitió una por una, aprendiéndolas. Le enseñó las palabras para nombrar los árboles, las piedras, el agua, la tierra y las enredaderas que crecían junto al manantial, y el manantial mismo. Le enseñó las palabras para nombrar los pies y las manos, los nombres de todos los dedos y las innumerables palabras del amor.

Así, con paciencia, Harim enseñó a Enkidu a ser como los humanos normales. Le cortó el pelo y lo peinó como lo hacían los habitantes de la ciudad. Le hizo bañarse; rasgó su larga túnica en dos partes, confeccionando con una mitad una prenda para Enkidu y reservando la otra mitad para ella.

Volvió a hablarle, y ahora él la entendió: «¡A-na-tal-ka En-ki-du ki-ma ili ta-ba-as-si!». «¡Te contemplo, Enkidu; eres como un dios!».

Él le llevaba regalos, todas las cosas que había llegado a conocer y amar en el bosque y en las estepas abiertas: pepinos silvestres y melones de casia, uvas e higos y brotes de alcaparras de las rocas secas. Le llevaba flores de mimosa dorada y ramas fragantes de jazmín.

Después de un tiempo, Harim dijo: «Ahora llevaré a Enkidu entre la gente y todos lo admirarán». Pero ella seguía temiendo por su vida, así que primero lo llevó a la cabaña del pastor.

En la orilla del bosque, Enkidu se detuvo y se dio la vuelta. Se sintió sobrecogido por el arrepentimiento; ¿cómo podía abandonar para siempre a sus amigos del bosque y los lugares salvajes? ¿Quién los protegería? ¿Quién los liberaría de las trampas? ¿Cómo podía dejar atrás a su amigo, el pequeño caballo salvaje, o a la gacela, los conejos y los monos que le habían enseñado a jugar?

Pero cuando se acercó, saltaron asustados. El conejo se escondió temblando entre la hierba y los pájaros alzaron el vuelo con un salvaje batir de alas.

Enkidu se tiró al suelo, llorando. «Oh, Harim, ¿qué he hecho? ¿Cómo he convertido a todos mis amigos en desconocidos? ¿Por qué huyen de mí?».

«Enkidu ya no es una criatura salvaje. Ya no es una bestia del bosque y la llanura. Enkidu es ahora un ser humano. Vivirá entre los hombres y será muy distinguido entre ellos».

Enkidu siguió con lamento a la sacerdotisa, quien lo condujo a la cabaña del pastor. Este hombre lo recibió con asombro y admiración, pero su hijo huyó del lugar y se escondió en el establo. Al cabo de un rato regresó corriendo. «¡Padre, un león ha entrado en el establo! ¡Está devorando a los corderos!».

Enkidu fue al establo donde una vez más luchó con el león, su amigo que ya no lo reconocía. De nuevo venció a la bestia, pero la dejó libre. Levantó a las ovejas con delicadeza, lavando y cuidando a las que sangraban. Para su gran alegría, las ovejas no lo rechazaron ni huyeron. Tampoco lo hicieron los terneros ni las aves de corral. Un perro lo seguía moviendo la cola. Un gato rozaba su pelaje contra sus piernas, y de nuevo se sintió satisfecho.

En la cabaña del pastor, Enkidu aprendió a sentarse en una silla y a lavarse las manos antes de comer. Aprendió a cuidar de los animales, a cultivar plantas y a construir con barro, ladrillos y carrizos. Aprendió a tocar la flauta. Comió pan. Allí probó el fuerte vino de sésamo y bebió siete copas. Su rostro brillaba, se regocijaba; cantaba.

Harim sonrió. *«Ahora que Enkidu ya es como un humano, ¡vamos a la ciudad!».*

3. El primer sueño

La madre de Gilgamesh era la blanca Ninsun, considerada también una de las diosas, una reina bondadosa que tenía el don de la profecía y podía interpretar los sueños.

Gilgamesh acudió a ella, preocupado, se sentó a su lado y apoyó la cabeza en su regazo. *«Madre, he tenido un sueño curioso».*

Ninsun acarició el cabello que brotaba de su cabeza como un campo de trigo. *«¿Cómo era el sueño?».*

«Así: estaba caminando por las calles de la ciudad. Cuando me acerqué al templo de Ishtar, el cielo se abrió y un hacha de doble filo fue lanzada hacia mí. La evadí, pero estuvo tan cerca de herirme que pude sentir la ráfaga de aire en mi mejilla. Caí y el hacha se clavó en el pavimento a mi lado. ¡Cuando desperté, estaba temblando!».

Ninsun cerró los ojos y también tembló. *«Puedo decirte el significado del sueño, oh Gilgamesh. Es una advertencia, y debes hacer justo lo que te digo...».*

El significado del sueño: el hacha de doble filo es un hombre tan parecido a ti como un hermano, así como un filo del hacha es a el otro; pero el hacha es un arma de batalla, oh, hijo mío, ¡y en tu sueño caíste! Todo esto es un mal presagio. ¡No camines por las calles! ¡No vayas a lugares abiertos! ¡No te acerques al templo de Ishtar! Mientras tanto, oh Gilgamesh, haré ofrendas a los dioses; ¡los apaciguaré!».

Pero Gilgamesh se rió. *«¡No tengo miedo, Ninsun, querida madre! ¿Acaso no soy dos partes dios y una parte hombre? ¿Por qué debería entonces temer a cualquier ser humano? ¿Por qué debería temer a los lugares abiertos?».*

4. La terrible batalla entre Gilgamesh y Enkidú

Los portones de la ciudad se abrieron. Harim cruzó llevando a Enkidu de la mano. La gente se arremolinó a su alrededor: todos los artesanos y obreros, ancianos, ancianas y niños. Exclamaban y se quedaban boquiabiertos. Algunos se mofaban, pero otros contemplaban con admiración la gran estatura del hombre salvaje, su porte noble y sus cuernos de bestia salvaje. Los niños caminaban a su lado tratando de tocarle la mano o seguirle el paso.

Al acercarse al templo de Ishtar, Enkidu observó que mucha gente corría por las calles. *«Detén a uno de ellos, oh Harim, para que pueda preguntarle por qué tiene tanta prisa».*

Cuando detuvieron a un hombre, les dijo: *«Voy de camino al templo, a la casa familiar. Hoy, todo el pueblo se reunirá para elegir una novia para el rey Gilgamesh. Este es su derecho, decidido incluso en el momento de su nacimiento. ¡Pero esperemos que esta vez acepte nuestra elección, pues es un rey muy caprichoso!».*

Harim y Enkidu se unieron a la multitud que se apresuraba. El templo era el lugar donde vivía Harim, y cuando llegaron allí, ella entró, y dejó a Enkidu para que la esperara en la puerta. Harim se disponía a ponerse los pendientes, las pulseras y los collares que debía llevar cuando presentara a Enkidu ante el rey.

Gilgamesh también se dirigía hacia allí. Caminaba por las calles, entre la gente, atravesando los espacios abiertos. Se acercó al templo de Ishtar para ver a la novia que el pueblo esperaba elegir para él. Llegó al portón por el que había cruzado Harim. Se dispuso a entrar, pero Enkidu se interpuso en su camino. Enkidu atravesó la abertura con el pie. ¡Le cerró el paso al rey Gilgamesh!!

La gente retrocedió, horrorizada. Por muy alto y poderoso que fuera este hombre salvaje, ¿cómo se atrevía a cruzarse en el camino del rey? Al fin y al cabo, ¿no era Gilgamesh igual de alto y poderoso?

Gilgamesh intentó apartar al muchacho insolente, pero Enkidu se abalanzó sobre él como un toro salvaje. Lucharon entre sí, destruyeron el umbral y derribaron la pared. Parecía que ambos tenían la misma fuerza y la misma furia. Pelearon, forcejearon; el pilar cilíndrico del portal se derrumbó, esparciendo sus azulejos de colores por la calle. Los ladrillos y el mortero se desprendieron, y el polvo de la batalla lo cubría todo.

Enkidu intentó retorcer la espalda del rey como había hecho dos veces con la del león, pero el rey era más fuerte y no cedió. Por su parte, él agarró los cuernos de Enkidu y lo sujetó con fuerza, doblándole lentamente el cuello. Pero Enkidu se soltó y volvieron a lanzarse el uno contra el otro. ¿Cuál de los dos destruiría al otro? La población se agolpó a su alrededor y hubiera intervenido para salvar a su rey, pero los ancianos de la ciudad les advirtieron: «*Retírense; el rey someterá a este hombre salvaje; ¡su ayuda solo lo avergonzaría!*».

Por momentos parecía prevalecer el rey, y a veces el hombre salvaje. Sudaban, sangraban, y ninguno parecía debilitarse. Harim llegó a la puerta del templo y retrocedió de nuevo, con el corazón lleno de angustia.

Finalmente Gilgamesh, el majestuoso, el inconquistable, se debilitó y cayó de rodillas. Una vez más, la multitud se abalanzó para ayudarlo, pero los ancianos gritaron: «¡Alto! ¡Lo que suceda es la voluntad de los dioses!».

Pero incluso cuando Gilgamesh estaba de rodillas, su lanza permaneció reposando sobre su espalda y su hacha de piedra a su lado sin ser tocada.

Se arrodilló indefenso, con el pecho expuesto a la furia del hombre salvaje, cuando, por extraño que parezca, Enkidu lo enderezó y lo puso de pie. Se dieron la mano y se abrazaron fuertemente. «*¡Te saludo, Gilgamesh, león y gran combatiente!*». «*¡Bienvenido a mi ciudad, oh poderoso Enkidu!*».

Entonces ambos se juraron amistad eterna: el rey y aquel hombre salvaje de las estepas que había sido enviado por los dioses para destruirlo.

Los ancianos de Uruk se miraron entre sí, absolutamente perplejos.

5. El monstruo Humbaba

La amistad entre Gilgamesh y Enkidu era perfecta. El hombre salvaje solo pedía ser el ayudante del rey, pero Gilgamesh lo llamaba «mi hermano menor», y Ninsun, la reina, lo consideraba casi como un hijo. Iban juntos a todas partes y en todas partes eran admirados. Participaban en justas

de fuerza y audacia, ganando todos los premios y todos los elogios. Y Enkidu estaba satisfecho con todo aquello.

Esto no era así para Gilgamesh. En una ocasión le dijo a su amigo: *«Día y noche sueño con una gran hazaña. Cada vez que cierro los ojos, oigo voces que me dicen: «¡Espabila, Gilgamesh, hay grandes cosas por hacer!».*

La mente de Enkidu estaba llena de presagios.

«¡Tú y yo, Enkidu, escalaremos la montaña y destruiremos al monstruo Humbaba!».

Los ojos de Enkidu se llenaron de lágrimas y se dio la vuelta.

«¿Por qué lloras, oh Enkidu? ¿Acaso no eres el más valiente de los hombres? ¿Ya no eres mi amigo y hermano, a quien admiro más que a nadie?».

Enkidu respondió: *«Yo sabía de la presencia de Humbaba incluso cuando era un hombre salvaje en las estepas y en el bosque. Podía oír el susurro de su voz por encima del trueno y los fuertes vientos. Podía oír los latidos de su corazón y sentir el calor de su aliento a una distancia de quinientos shar. No temo a las bestias ni a los hombres mortales, oh Gilgamesh, pero Humbaba no es mortal; es un siervo nombrado por los dioses, el guardián de las vacas salvajes y del bosque de cedros. Quien se acerque a él se debilitará. Quedará paralizado y fracasará».*

«Ese monstruo es una maldición interminable», dijo Gilgamesh. «Oprime al pueblo. Día y noche provoca incendios y escupe sus cenizas sobre la ciudad. Es odiado por el gran Shamash, ya que constantemente oscurece su rostro. Oh, Enkidu, ¿será mi vida como un viento vacío? ¿Qué soy yo si me aparto de las cosas que pretendo hacer? ¡No soy nada, solo un ser que espera la muerte! Pero si hago esto, oh Enkidu, aunque fracase, la gente dirá: «¡Gilgamesh murió como un héroe! Murió defendiendo a su pueblo». Así habré conseguido la adoración eterna y mi vida no habrá sido como un viento vacío».

Aún así, Enkidu se volvió.

Gilgamesh llamó entonces a los herreros, los fabricantes de lanzas, escudos y hachas. Diligentemente le forjaron espadas de bronce con incrustaciones de plata y oro. Fabricaron poderosos arcos largos y flechas con puntas de piedra y, lo más hermoso de todo, una lanza con mango de lapislázuli y oro con incrustaciones de muchas joyas brillantes.

Gilgamesh llamó a Enkidu y tendió las armas frente a él, con la esperanza de convencerlo con creaciones de tanta belleza. Pero Enkidu siguió negándose.

Gilgamesh quedó desalentado. *«Mi hermano se ha vuelto dócil y tímido. Ya no le gusta la audacia; ha olvidado la aventura; Bien, ¡entonces iré solo!».*

Los ancianos de Uruk, quienes hacía tiempo habían dejado atrás su rencor hacia el rey, acudieron a él: *«Oh, Gilgamesh, no te embarques en esta aventura. Eres joven y tu corazón te ha llevado por mal camino. ¡Apacíguate, oh rey; acepta una esposa; deja que tu vida sea serena!».*

Gilgamesh se echó a reír. *«Guarden sus sabios consejos para mi amigo Enkidu. Él sí que los escuchará. ¡Sus palabras se desperdician conmigo, buenos padres! ».*

Los ancianos acudieron entonces a ver a Enkidu en secreto. *« Si el rey insiste obstinadamente en proceder de esta forma, arriesgándose al peligro y desafiando a los dioses, ¡entonces Enkidu, tu deber es acompañarlo! ».*

«De hecho, has de ir delante de él», dijo un segundo anciano, «pues se sabe que el primero en atravesar la puerta de cedro será el primero en morir».

«Además, tú eres quien conoce el camino, Enkidu. ¡Tú ya has recorrido esos rumbos!».

«¡Que Shamash te acompañe!, ¡Que ilumine tus pasos!».

Más tarde Enkidu fue a ver a Gilgamesh. « Me inclino ante ti, oh rey. Soy tu hermano y tu siervo; dondequiera que tú vayas, iré yo.

A Gilgamesh se le llenaron los ojos de lágrimas; su fe en Enkidu se había restaurado. «Ahora, hermano mío, iremos a ver a Ninsun; le contaremos nuestro propósito y le pediremos que interceda ante los dioses, pidiendo nuestra victoria.

Ninsun, que ya de por sí era pálida, palideció aún más al ver llegar a los hermanos. Pero como no podía disuadir a su hijo, se contentó con besarlos y darles su bendición. A Enkidu le dijo: «Aunque no eres mío, oh Enkidu, eres como un hijo para mí, y rogaré a los dioses por ti como lo hago por Gilgamesh. Pero recuerda, por favor, que así como uno protege su propia persona, también debe proteger la vida de su compañero».

El día que partieron, el pueblo de Uruk acompañó a los dos amigos por las calles admirando sus armas y alabando su osado cometido: «¡Alabado sea Gilgamesh, que todo lo arriesga! ¡Alabado sea Enkidu, que ha de proteger a su compañero!». Pero la sacerdotisa Harim se lamentaba: «¡Que tus pies te traigan sano y salvo de vuelta a la ciudad, Enkidu!». Y así partieron.

Ninsun se vistió con sus mejores galas. Se colocó unos pendientes de oro en las orejas y se puso una tiara sagrada en la cabeza. Se embalsamó con perfumes y llevó en la mano un incienso que despedía un agradable aroma hacia el cielo. Subiendo con majestuosa elegancia al tejado de su palacio, alzó la voz hasta su tono más alto y gritó: «¡Oh, Shamash, escúchame!». Luego, tras esperar un poco a que su voz llegara a los oídos del dios, continuó: «Oh, Shamash, ¿por qué le has dado a mi hijo Gilgamesh un corazón tan inquieto? ¿Por qué lo has hecho tan deseoso de aventuras? Ahora ha ido a luchar contra el monstruo indestructible Humbaba. ¿Por qué lo has enviado, oh Shamash, a acabar con el mal que aborreces? ¿Es todo parte de tu plan? ¡Tú eres quien ha plantado la idea en su cabeza! Que no encuentres descanso, oh Shamash, hasta que Gilgamesh y su amigo Enkidu regresen a Uruk. Si fracasan, que nunca vuelvas a dormir».

Ninsun apagó la pequeña brasa que ardía sobre el incienso y bajó del tejado del palacio.

Gilgamesh y Enkidu emprendieron la marcha hacia la montaña del bosque de cedros. A una distancia de veinte horas dobles, se sentaron a orillas del camino y comieron un poco. A una distancia de treinta horas dobles, se acostaron a dormir, tapándose con sus vestimentas. Al día siguiente, caminaron una distancia de cincuenta horas dobles. En tres días recorrieron una distancia que a una persona normal le habría llevado unos quince días. Llegaron a la montaña y vieron ante ellos una imponente y magnífica puerta de madera de cedro.

«Aquí», dijo Gilgamesh, «debemos esparcir trigo sobre la tierra, pues eso nos ganará la buena voluntad de los dioses; ¡los inducirá a revelarnos su propósito en sueños!».

Vertieron trigo en el suelo y se acostaron a dormir. Al cabo de un rato, Gilgamesh despertó a su amigo. «Enkidu, he tenido un sueño; fue así: estábamos de pie en un profundo precipicio junto a una montaña. En comparación con ella, ¡éramos del tamaño de moscas! Ante nuestros ojos, la montaña se derrumbó; ¡se derrumbó por completo!».

«El significado parece muy claro», dijo Enkidu. «¡Significa que Humbaba es la montaña y que caerá ante nosotros!».

Volvieron a cerrar los ojos y se quedaron dormidos. Al cabo de un rato, Gilgamesh volvió a despertar a su amigo. *«He tenido otro sueño, Enkidu. En esta ocasión, vi la misma montaña y volvió a derrumbarse, pero esta vez cayó sobre mí. Sin embargo, mientras yacía luchando, apareció un personaje hermoso. Me tomó de los pies y me sacó de debajo de la montaña. Ahora me pregunto qué significa esto. ¿Significa que tú me rescatarás del monstruo, o vendrá otra persona?».*

Reflexionaron un poco y volvieron a dormirse. Al rato, Enkidu despertó a su hermano, Gilgamesh. *«¿Acaso cayó una lluvia helada sobre nosotros? ¿ Los rayos provocaron incendios y llovió ceniza?».*

«La tierra está seca y limpia», dijo Gilgamesh, «¡debes haber soñado!». Pero como ninguno de los dos podía entender el significado de este sueño, volvieron a dormirse y pronto llegó el día.

Se acercaron a la magnífica puerta. *«¡ Abrámosla, Enkidu! ¡ Prosigamos nuestra labor! ».*

Y por una última vez, Enkidu intentó persuadir a su amigo de que diera vuelta atrás.

Pero como el Rey no le escuchó, fue él quien se adelantó y puso su mano contra la puerta para empujarla y abrirla. Enkidu fue lanzado hacia atrás con tal violencia que cayó al suelo. Se puso en pie. *«¡Gilgamesh, espera! ¡mi mano está paralizada!».*

«¡Ponla sobre mi brazo, Enkidu! Tomaré las fuerzas de mi brazo, pues yo no tengo miedo».

Cuando los dos compañeros volcaron todo su peso contra la puerta, ésta se abrió hacia dentro.

Subieron por la ladera de la montaña entre los árboles sagrados que se hacían cada vez más cercanos y densos, hasta que el cielo quedó completamente oculto. Podían oír los poderosos latidos del corazón de Humbaba y oler el humo que salía de sus pulmones.

Para demostrar su audacia, Gilgamesh cortó uno de los cedros. Los golpes de su hacha retumbaron y, desde lejos, el terrible Humbaba oyó el sonido.

Con un estruendo de astillas y un rodar de piedras sueltas, Humbaba se abalanzó sobre ellos. Su rostro se asomaba entre las copas de los árboles, arrugado y surcado como una roca antigua. Su aliento marchitaba las ramas de los cedros y provocaba pequeños incendios por todas partes.

Los temores de Enkidu se desvanecieron y los dos héroes se mantuvieron uno al lado del otro mientras el monstruo avanzaba. Se cernía sobre ellos, balanceando los brazos como los mástiles de un barco. Estaba a punto de alcanzarlos cuando, de repente, los amigos se separaron. El demonio gigante se tambaleó entre los árboles, tropezó y cayó de cara. Se levantó bramando como un toro y cargó contra Enkidu. Pero el rey le asestó tal hachazo en el dedo del pie que el demonio se retorció de dolor. Fue entonces cuando sujetó a Gilgamesh de su larga melena y lo hizo girar como si quisiera lanzarlo por encima de las copas de los árboles, pero Enkidu vio sus gigantescas costillas al descubierto y le hundió su espada en el costado. Un fuego líquido brotó de la herida y fluyó en pequeños arroyos por la ladera de la montaña. Gilgamesh cayó al suelo y permaneció inmóvil, tratando de respirar. Aprovechando este momento de debilidad, Humbaba agarró a Enkidu por los cuernos y comenzó a azotar su cuerpo contra un árbol.

Con toda certeza, el hombre salvaje hubiera muerto, pero entonces Gilgamesh se incorporó. Arrojó al aire su larga lanza con mango de lapislázuli y oro. El proyectil alcanzó a Humbaba en la garganta y permaneció allí, reluciente entre las llamas que se habían encendido por todas partes.

El gigante aflojó su presión sobre Enkidu y gritó. La tierra retumbó con el estruendo y montañas remotas se estremecieron.

Gilgamesh sintió piedad en su corazón. Retiró su espada y bajó su hacha, mientras el monstruo Humbaba se arrastraba hacia él, suplicando y pidiendo ayuda. Entonces Enkidu se molestó y le

exigió a su acompañante que acabara con la vida de la bestia. El demonio le rogó a Gilgamesh de nuevo que lo dejara vivir pero Enkidu permaneció inflexible, con lo que ambos héroes saltaron sobre Humbaba y hundieron sus espadas con todas sus fuerzas.

La bestia estaba muerta y los dos héroes, negros de hollín y mugre, seguían con vida. Se abrazaron, saltaron y, descendieron por la ladera de la montaña entre cantos y gritos. Una suave lluvia caía a su alrededor, la tierra había quedado libre, para siempre de la maldición del gigante Humbaba.

6. El Cortejo de Ishtar

Mientras los dos amigos luchaban contra Humbaba, la diosa Ishtar oyó el tumulto y descendió desde el cielo hasta la montaña. ¿Qué mortal se atrevía a desafiar al siervo de los dioses? ¿Quién se atrevía a invadir el bosque de cedros?

Ishtar se dispuso a convocar a los dioses para la batalla. Pero primero se detuvo un momento para observar la terrible contienda. Mientras observaba, comenzó a admirar a los dos héroes, su agilidad y su valentía. Así, de pie en silencio, vio la destrucción de Humbaba. Y al mismo tiempo se enamoró de Gilgamesh.

Siguió a los dos guerreros por la ladera de la montaña, escuchó sus risas, escuchó sus alardes mientras se bañaban en un manantial fresco y se ponían ropas limpias. Se escondió entre unos arbustos y los vigiló mientras dormían durante toda la noche y medio día. Entonces llamó a Gilgamesh: «Oh, soberano de la ciudad, he observado tu combate con mi siervo Humbaba. He visto la profanación de mi bosque. ¡Terrible será tu castigo cuando los dioses se enteren de esta insolencia!».

Gilgamesh se puso en pie de un salto y miró a su alrededor. «Enkidu, ¿estoy soñando otra vez? ¿He oído una voz? ¿He oído amenazas contra nosotros?».

«Yo también las he oído, oh rey».

«Pero espera», continuó Ishtar, «estoy dispuesta a perdonarte, Gilgamesh. Te tomaré como marido y te pondré entre las estrellas. Pediré a los dioses que te perdonen. Como marido de Ishtar, estarás por encima de cualquier condena».

«Ahórrate tus amenazas, grandísima Ishtar», gritó Gilgamesh. «No tengo miedo. Enkidu y yo hemos hecho algo bueno. Hemos salvado el rostro resplandeciente de Shamash; hemos liberado a la ciudad del demonio que la amenazaba cada día con humo y fuego; hemos liberado a los pastores y a los granjeros del monstruo que cada año devoraba sus cabañas y sus rebaños, y que arruinaba sus campos de cereales. Hemos liberado al pueblo del terror, oh Ishtar, nos hemos ganado el honor y nuestro nombre será grande entre los seres humanos. ¡No necesitamos favores!».

Ante esto, Ishtar lloró, y sus lágrimas eran como luz estelar líquida que corría por sus mejillas y salpicaba el suelo. «¡Oh, Gilgamesh, tu carruaje será de oro y sus ruedas estarán hechas de cornalina!».

«¡No necesito carruaje, oh Ishtar! ¡Mi amigo y yo seremos llevados a hombros por jóvenes! ¡Los niños de Uruk esparcirán flores ante nosotros!».

«Como mi esposo, Gilgamesh, los reyes se inclinarán ante ti. Tus cabras darán a luz trillizos, tus ovejas gemelos. ¡Tus bueyes no tendrán rival en fuerza, tus caballos no tendrán igual en velocidad!».

«¡Los poetas cantarán nuestras hazañas, oh diosa, los ancianos nos alabarán! ¡Todas las muchachas de Uruk nos llenarán de besos!».

«¡Cuidado con tu arrogancia, Gilgamesh! ¡La diosa Ishtar no ofrece su amor a la ligera!».
«Conozco tu amor, poderosa Ishtar. A quienquiera que tú amas, pronto te cansa y lo destruyes:
Estaba el hermoso Tammuz, tu esposo,
¡A él lo enviaste al infierno durante la mitad de cada año!
Hubo un pájaro que cantaba dulcemente, el Rollo que te amaba,
pero le rompiste el ala y le resquebrajaste la voz,
por lo que ahora revolotea graznando: «¡kappi, kappi!».
Hubo un caballo veloz y libre que amabas,
¡tu regalo para él fue la espuela, el látigo y el freno!
Había un león orgulloso e invencible; tú lo admirabas,
¡pero cavaste un hoyo y le tendiste una trampa!
El pastor del rebaño te adoraba,
pero tú lo convertiste en lobo,
para que sus propios hijos lo expulsaran
y sus propios perros le mordieran las pantorrillas.
El jardinero de palmeras de tu padre te amaba,
pero tú lo convertiste en topo,
que debe excavar bajo tierra sin descanso
y nunca más volverá a ver el sol que tanto ama.
Si yo te amara, Ishtar, ¡también me destruirías!
Tal fue la respuesta de Gilgamesh a la diosa.

Ishtar gritó con tal violencia que parecía que el cielo se iba a partir en dos; luego ascendió a los cielos. Con fuertes gritos convocó a todos los dioses desde los lugares donde se encontraban, con el fin de incitarlos contra el rey.

No obstante, Gilgamesh y Enkidu, despreocupados y contentos, dirigieron sus miradas hacia Uruk.

La ciudad nunca antes había vivido, ni ha vuelto a vivir desde entonces, una celebración como aquella que recibió a los aventureros cuando regresaron de la batalla contra Humbaba. Se declaró un día festivo. Se interrumpió todo trabajo. Se prepararon banquetes por todas partes y la gente recorría las calles portando estandartes y banderas de colores vivos. Jóvenes y ancianos se reunieron en la casa familiar y se sentaron con las piernas cruzadas mientras los dos héroes contaban la historia, repitiéndola una y otra vez y respondiendo a todas las preguntas que se les hacían. Los cantantes compusieron inmediatamente largas canciones sobre la aventura; los bailarines la representaron; y los escribas la grabaron laboriosamente en piedra o imprimieron las palabras y las letras en tablillas de arcilla húmeda. Los corredores llevaban las tablillas de arcilla de ciudad en ciudad y, cuando se preguntaba: «¿Quién es este Gilgamesh?», se daba la siguiente respuesta:

*El que lo ha visto todo,
El que lo sabe todo,
Mide siete codos de altura;
Dos tercios de él son dios,
Un tercio de él es hombre;
Es el más glorioso entre los héroes,
Es el más eminente entre los hombres,
¡Y Enkidu es su compañero!*

Así fue el regreso de los dos héroes a Uruk-de-las-Murallas. Gilgamesh fue al palacio de su madre, quien le recibió con gran alegría. Enkidu, por su parte, se apresuró a ir al templo de Ishtar para buscar a la dulce Harim. Pero allí encontró los atrios vacíos, las puertas cerradas y los portones cerrados con llave.

7. El Toro del Cielo

Cuando los dioses se reunieron procedentes de todos los lugares donde se encontraban, Ishtar les contó acerca de la profanación del bosque de cedros y acerca de la matanza de Humbaba a manos de los mortales Gilgamesh y Enkidu. Y su mayor furia se dirigía hacia Gilgamesh, debido al insulto que él le había dirigido y al rechazo de su amor.

«¡Oh, padre Anu, me vengaré y tú debes ayudarme!».

«¿Cuál es tu plan, Ishtar?», preguntó su hermano Enlil, dios de la tierra y de los asuntos de los hombres.

«Padre Anu creará el Toro del Cielo. Éste descenderá a la tierra, a la ciudad de Uruk, lo destruirá todo, pisoteará a toda la gente y matará a Gilgamesh».

«¡No haré nada de eso!», dijo Anu. *«Ishtar, hija mía, tú has provocado este insulto. ¿Por qué te molesta tanto que un hombre valiente te haya mostrado tus malas acciones?».*

«¡Me vengaré, padre!», exclamó Ishtar con furia creciente.

Shamash abrió la boca y dijo: *«¡Gran Anu, poderoso Enlil, Ea de las aguas profundas, escúchenme! Fui yo quien buscó la destrucción de Humbaba. Fui yo quien plantó la idea en el valiente corazón de Gilgamesh. Cada año, después de todo mi esfuerzo por madurar el grano, Humbaba lo destruía; lo quemaba. Para los mortales a quienes amo, Humbaba era un enemigo; destruía sus casas; llenaba los cielos de humo, hollín y nubes oscuras, ocultando mi rostro. ¿Quién más podría haber destruido al monstruo sino Gilgamesh y su noble compañero?»*

El dios Enlil rugió con ira, y con su aliento los siete vientos soplaron en todas direcciones. *«¡Oh, Shamash! Ya que sales cada día a iluminar a la raza humana, ¿por qué no bajas y te unes a ellos? ¿Eres un dios o un mortal? ¿Por qué te vuelves contra nosotros para protegerlos y ayudarlos?».*

La voz de Ishtar se elevó hasta convertirse en un chillido: *«¡Padre Anu, crea al Toro del Cielo! De lo contrario, derribaré las puertas del inframundo. ¡Las dejaré abiertas para que los muertos se levanten y se unan a los vivos! ¡Serán más numerosos y se comerán toda la comida de los vivos, de modo que habrá hambruna en la Tierra!».*

Todos los dioses apartaron sus rostros con temor, y con el corazón lleno de pesar, Anu creó al Toro del Cielo.

El Toro rugía al atravesar las puertas de Uruk, destrozándolas como si fueran de paja. Al oír el alboroto, un centenar de trabajadores salieron corriendo para defender la ciudad, y el Toro los arrolló, pisoteándolos. Doscientos hombres lo enfrentaron con estacas y garrotes. Los corneó sin piedad y los arrojó a un lado. Avanzaba por las calles, pasando por templos, jardines y arboledas, arrancándolos de raíz a su paso. Las mujeres gritaban y se escondían en rincones oscuros, estrechando a sus hijos contra ellas.

Trescientos guerreros salieron con lanzas y espadas para enfrentarse a la terrible bestia, y Enkidu también oyó el alboroto. Vio el resplandor de las llamas que brotaban del pavimento cuando el toro le golpeaba con sus pezuñas de bronce, y corrió a unirse a los combatientes. Al verlo, el toro se alzó y se precipitó hacia él para embestirlo, pero Enkidu lo recibió con sus poderosos cuernos. Durante un tiempo contuvo a la criatura, pero unos rayos los rodearon y él cayó. Entonces divisó la brillante lanza de Gilgamesh, aquella lanza con empuñadura de oro y lapislázuli. Atravesó el aire y le dio a la bestia en la garganta, donde quedó clavada, brillante y firme.

Una vez más, los dos amigos se unieron y lucharon hombro a hombro. El toro parecía indestructible y la batalla se prolongó durante horas. La gente observaba y susurraba: «¿Qué mortal podría triunfar frente a una bestia como esta?». Pero entonces Gilgamesh bailó ante el animal, atrayéndolo con su túnica y sus brillantes armas.

Enkidu clavó su espada profundamente entre la nuca y los cuernos y lo mató.

Un alarido de angustia rasgó el aire. Al mirar hacia arriba, los héroes vieron a la diosa Ishtar agazapada sobre la alta muralla que rodeaba la ciudad. Ella les lanzó una maldición: «¡Ay de Gilgamesh, que ha deshonrado mi nombre! ¡Ay de Enkidu, que ha matado al Toro del Cielo!».

En su ira, Enkidu le arrancó la pata derecha a la bestia hasta la altura del muslo. La lanzó a lo alto de la muralla, donde cayó ante la diosa. «¡Que recibas esta ofrenda en tu propia cara, oh terrible Ishtar!».

En la ciudad reinaba el silencio y el luto. Gilgamesh reunió a los artesanos y comerciantes, y entre ellos repartió los restos del toro. A los carniceros les dio la carne, a los orfebres, las pezuñas. A los joyeros y a los artesanos de la piedra les dio los grandes cuernos, hechos de lapislázuli y que pesaban dos talentos cada uno. A los peleteros les dio la piel y a los artesanos del marfil, los dientes; pues cada parte de aquel maravilloso animal estaba hecha de alguna piedra preciosa u otro material valioso.

En cuanto a las entrañas del toro, las puso en una olla y, sazónándolas con las hierbas y especias más aromáticas, las colocó sobre el fuego del altar para que los agradables aromas llegaran a la región donde habitan los dioses. «Oh, gran Shamash, acepta mis oraciones de gratitud, mi agradecimiento por tu protección, pues de otro modo mi amigo y yo seguramente habríamos sido asesinados».

8. La venganza de Ishtar

Por la noche, Enkidu se levantó de un salto de su lecho y llamó a su amigo: «¡Oh, Gilgamesh, mis sueños están llenos de amenazas y presagios!».

«Cuéntame de qué se tratan. ¡Consultaré con Ninsun!».

«Estaba de pie junto a la muralla de la ciudad. Miré hacia arriba, hacia la parte superior de la muralla, y allí, agazapada como un ave tenebrosa, estaba la diosa Ishtar. Todas las sacerdotisas,

incluida Harim, estaban reunidas a su alrededor y el patio del templo estaba vacío. Empezaron a aullar, a lamentarse por la pata del toro que yo, Enkidu, había lanzado ayer a la diosa.

«No tuve miedo», continuó Enkidu, «pero entonces los dioses, al oír el espantoso ruido, se reunieron a su alrededor y se enfadaron. Anu abrió la boca y habló, incluso el padre Anu, y dijo:

« ¡Ellos han entrado por la puerta de cedro; ellos han profanado el bosque; ellos han matado a Humbaba, guardián de las vacas salvajes y nuestro sirviente; ellos han insultado a la diosa Ishtar; ellos han matado al Toro del Cielo; así que uno de ellos debe morir!

Pidió a los dioses que decidieran cuál de nosotros debía morir y Enlil respondió: «¡Enkidu debe morir!».

El dios Shamash, de rostro brillante, se adelantó y protestó en mi favor diciendo: «¿Por qué tiene que ser Enkidu?». Pero Enlil se burló de él y le dijo que bajara a la tierra y viviera con los hombres. Y los dioses acordaron que yo debía morir».

A Gilgamesh se le llenaron los ojos de lágrimas. «Oh, amigo mío, hermano menor mío, ¿por qué los dioses me absuelven a mí y no a ti? ¿Acaso no hemos hecho todo juntos? ¡Duérmete, Enkidu!».

Pero Enkidu se puso febril y sus sueños se intensificaron.

Gilgamesh se sentó a su lado. «Escucha, Enkidu, no dejaría que te llevaran. Si te llevaran, me sentaría al lado de la puerta del inframundo y no me movería hasta que te liberaran y te trajeran de vuelta».

Enkidu enfermó; en sus sueños vio la alta puerta de cedro. Le habló como si fuera un ser vivo: «Porque admiraba tu belleza, no te destruí; no te talé, pero si hubiera sabido el mal que ocultabas, ¡te habría cortado en pedazos!».

A continuación, soñó con sus días como hombre salvaje y llamó a sus amigos, la gacela y el pequeño caballo salvaje, los zorros y los conejos. Con amargura, maldecía al cazador: «¡Que tus trampas queden vacías para siempre! ¡Que las criaturas salvajes que cazas se vuelvan contra ti y te persigan!».

Lo peor de todo fueron sus maldiciones contra Harim: «¡Oh, sacerdotisa, fuiste tú quien me atrapó en el bosque! ¡Fuiste tú quien me condujo a la cabaña del pastor; fuiste tú quien me llevó a las calles de la ciudad! ¡Que esas calles sean tu único lugar de residencia para siempre! ¡Que te agaches a la sombra de la pared! ¡Que la lluvia y el viento sean tus vestiduras, y las migajas secas tu único alimento! Que tus únicos compañeros sean los despreciables, los errantes y los marginados».

El dios Shamash oyó las terribles maldiciones de Enkidu y le gritó desde el cielo: «¡Enkidu, hijo mío! ¡Despierta! ¿Por qué maldices al cazador? ¿Por qué insultas a la querida sacerdotisa que te ama fielmente? ¿Quién fue, Enkidu, la primera que te enseñó a hablar?

¿Quién fue la que rasgó su propia túnica para hacerte un manto? ¿Quién te enseñó a comer pan y a beber vino digno de los dioses? ¿Quién te llevó ante el rey cuando este te acogió como a un hermano, para que te convirtieras en un héroe y los príncipes de la tierra se arrodillaran ante ti para besar tus pies?

Enkidu despertó y clamó por la sacerdotisa desaparecida: «¡Oh, Harim, querida Harim, que los dioses te bendigan para siempre! ¡Que reines eternamente joven y hermosa! ¡Que los reyes abran sus almacenes y extiendan sus tesoros ante ti! ¡Que seas admirada para siempre, amada para siempre, envidiada para siempre, tanto por las jóvenes como por las madres de siete hijos! ¡Que todos los corazones te añoren!».

Otros sueños afligían a Enkidu; soñaba con un palacio en el que los reyes y príncipes no eran más que sirvientes. Servían a los dioses, los bañaban, cumplían sus órdenes con muchas reverencias, les servían vino y les traían productos horneados.

Luego soñó con el pájaro Zu, que lo atacaba con sus afiladas garras.

Durante doce días y doce noches, Enkidu yacía en su lecho, con su amigo sentado a su lado. Al decimotercer día, se dio la vuelta y quedó tendido boca abajo, como un gusano.

Gilgamesh le habló; lo llamó: *«Enkidu, Enkidu, ¿qué sopor te ha invadido? ¡Estás ensombrecido! ¡Tus oídos no me escuchan! Tus ojos me miran y no se distinguen de la arcilla. Enkidu, ¿recuerdas cómo hemos luchado con panteras? ¿Recuerdas cómo hemos corrido veloces al lado de los pequeños caballos salvajes en las estepas? ¿Recuerdas cómo nos saludaban las personas, Enkidu? ¿Recuerdas cómo nos abrazaban y cantaban canciones sobre nosotros?»*. Gilgamesh caminaba de un lado a otro junto a su amigo; se afligía; se arrancaba los cabellos.

Ordenó a los artesanos que hicieran dos cuencos, uno de piedra cornalina y otro de lapislázuli. El primero lo llenó de miel, el segundo de mantequilla. Los colocó sobre una mesa hecha de elammqu, el sándalo perfumado. Los puso al sol durante la parte más brillante del día. Luego los llevó al lecho de su amigo y los colocó a su lado. *«Oh, Enkidu, aquí tienes comida llena de la luz vivificante de Shamash, el sol. Come, Enkidu; eso devolverá la vida a tu cuerpo»*. Pero Enkidu permaneció inmóvil.

Gilgamesh ordenó entonces a los ancianos de Uruk que hicieran un sillón de oro para su amigo. Ordenó que se confeccionaran túnicas de la mejor tela y bordados para Enkidu, y que se le vistiera con ellas y se le tratara como a un rey.

Pero Gilgamesh se despojó de sus propias ropas lujosas. Se vistió con pieles de animales salvajes y tiró todas sus alegres galas y adornos.

Por la noche, se acercó a la cama de su madre. *«Oh, Ninsun, ¿qué destino ha alcanzado a mi amigo Enkidu? No murió en combate, ninguna enfermedad lo atacó, no murió de vejez. La tierra se alzó y lo arrebató. Madre, ¿yo también moriré? ¿Yo también me convertiré en arcilla?»*.

«Con el tiempo, querido Gilgamesh, todas las personas mueren».

«¿Incluso yo, madre, que soy en parte dios?».

«¡Una parte de ti es humana, oh Gilgamesh!».

«Cuéntame, Ninsun, sobre mi ancestro, Utnapishtim. ¡He oído que es alguien que vive para siempre y no muere!».

«Eso dicen», respondió Ninsun, «pero ¿quién sabe nada sobre Utnapishtim?».

«¡Lo encontraré! ¡Aprenderé de él el secreto de la vida y la muerte!».

Las lágrimas brotaron de los ojos de la pálida Ninsun. *«Utnapishtim, tu antepasado, vive en algún lugar más allá del Río Amargo. Por eso se le llama Utnapishtim el Lejano. Tú sabes bien, Gilgamesh, que nadie que esté vivo puede cruzar ese río; es la muerte misma. ¡Quédate aquí, hijo mío!»*.

Pero él solo gritaba: *«¡Lo encontraré! ¡Lo encontraré!»*.

Cuando aparecieron los primeros destellos del amanecer, Gilgamesh partió de la ciudad de Uruk.

PARTE DOS: EL PEREGRINAJE DE GILGAMESH

1. Los hombres Escorpión

No se sabe cuántas horas dobles, es decir, cuántos días y noches caminó Gilgamesh. Pero cruzó desiertos y lugares rocosos y con el tiempo llegó hasta el borde del mundo. Delante de él se alzaban las imponentes montañas de Mashu, y se preguntó: *«¿acaso son estas las montañas cuyas cimas alcanzan los cielos y cuyos pies llegan hasta las profundidades de la tierra? ¿Es esta la orilla del sol, el límite entre el día y la noche? ¿Es esta la montaña custodiada por los terribles hombres escorpión, cuyo resplandor a uno ciega y cuya mirada es mortífera?»*.

Y mientras se hacía estas preguntas, miró hacia arriba y vio a estos hombres de pie sobre él en el paso nevado; y brillaban y centellaban con un fulgor luminoso.

Oyó a una de las criaturas llamar a su esposa: *«¿Quién es este que viene aquí, es un dios o un hombre?»*.

La esposa respondió: *«Dos tercios de su cuerpo son iguales a los de los dioses, pero el otro tercio es cuerpo de hombre»*.

El hombre escorpión le gritó, ahuecando las manos: *«¿Cómo es que has venido hasta aquí, cruzando desiertos y toda clase de lugares difíciles?»*.

Gilgamesh gritó desesperado: *«Oh, he perdido a mi amigo Enkidu, señor, aquel que recorría los campos y los bosques conmigo y era mi compañero inseparable. ¡La tierra se abrió y se lo llevó!»*.

«Pero ¿por qué has venido aquí, a este lugar?».

«He venido a buscar a Utnapishtim, mi antepasado. Alguna vez fue un hombre mortal, pero fue recibido en el concilio de los dioses. Él conoce el secreto de la vida y la muerte; ¡De él debo averiguar adónde se ha ido mi amigo y si yo también debo morir!».

“Oh, Gilgamesh”, dijo el hombre escorpión, “nadie ha hecho nunca algo así. Profundas son las cavernas que se encuentran bajo la montaña, son las mismas cavernas por las que viaja el sol en su camino de regreso al Jardín del Oriente.

“A una distancia de solo nueve horas dobles, Gilgamesh, el corazón falla. La oscuridad es densa; ¡no hay luz! A una distancia de diez horas dobles, la mente falla. Al principio, el frío es insoportable, pero en la parte media, el calor es insoportable. Y aunque la distancia total es solo de doce horas dobles, ¡es la misma distancia que la que hay entre la vida y la muerte! ¡Retírate, Gilgamesh!

Pero Gilgamesh respondió: *«¡Aunque mi corazón falle, seguiré adelante! Con frío o con calor, seguiré adelante. Entre suspiros y llanto ¡seguiré adelante!*

El hombre escorpión permaneció en silencio durante un tiempo, pero cuando habló, dijo: *“¡Adelante, Gilgamesh! Te abriré las puertas. ¡Que tus pies te lleven a salvo!»*.

Cuando las puertas de roca se abrieron, Gilgamesh entró en la tierra y siguió el camino del sol. La oscuridad se cerró a su alrededor; no podía ver lo que había delante de él ni por dónde había venido. El camino estaba lleno de rocas y tropezaba a menudo. Al principio, su cuerpo temblaba de frío, pero a medida que descendía más y más profundamente en la tierra, el calor lo envolvía, y sudaba y jadeaba para respirar. A veces le parecía que solo había caminado un poco, pero otras veces sentía que había estado arrastrando toda su vida en la oscuridad. No había ningún sonido más que el incesante raspar de sus propios pies mientras avanzaba a tientas.

Forzó la vista para ver, pero era como si sus ojos estuvieran cerrados. No había nada, ni rastro de luz. ¿Acaso podrían ser infinitas aquellas cavernas? ¿Lo había engañado el hombre escorpión y ahora se reía de él, en lo alto del paso de montaña?

A una distancia de nueve horas dobles, el corazón de Gilgamesh le falló y se llenó de terror. A una distancia de diez horas dobles, le falló su mente. Abrió la boca y gritó con todas sus fuerzas, y los ecos de su propia voz se esparcieron a su alrededor, terribles de escuchar. Comenzó a correr, pero tropezó y cayó.

Así que Gilgamesh yacía en la oscuridad y ya no podía gritar. Cerró los ojos; no podía levantarse, ni retroceder, ni avanzar.

Y entonces sintió el viento del norte soplar en su rostro.

Se levantó y avanzó a tropezones por el oscuro lugar. A una distancia de once horas dobles, logró percibir un tenue rastro de luz y sus ojos se llenaron de lágrimas de alegría. A una distancia de doce horas dobles, emergió de la caverna y se encontró en el Jardín del Oriente.

A su alrededor, se erguían árboles que resplandecían con piedras preciosas. El agua relucía en fuentes y estanques; el aire estaba impregnado de dulces aromas, y flores de todo tipo se mecían con la brisa. Allí estaba una luz como nunca había visto. *"¿Será este el Jardín del Oriente, llamado Dilmun, el lugar más hermoso que existe?"* Mientras Gilgamesh se preguntaba, miró a través de los árboles hacia el enorme rostro de Shamash, el sol.

Shamash se acercó a él, lo saludó, y Gilgamesh le habló: *"¡Oh, gran Shamash, la oscuridad ha desaparecido de mis ojos! ¡Déjame solo contemplarte! ¡Déjame mirarte y llenarme de tu luz!"*

"¿Qué haces aquí, hijo mío?" —preguntó Shamash—. *¿Cómo es que has llegado hasta aquí? ¿Por qué vistes esas ásperas pieles de animales? ¿Por qué tienes un aspecto tan salvaje, el rostro quemado, el cuerpo tan delgado y demacrado?*

—¡He perdido a mi amigo y hermano Enkidu! La Tierra se abrió y se lo llevó, y desde entonces no he conocido descanso. Ahora, oh gran Shamash, voy en busca de mi antepasado, quien fue elegido hace mucho tiempo para vivir entre los inmortales. De él aprenderé el secreto de la vida y la muerte; ¡Yo preservaré la vida!

—¿Por qué corres de aquí para allá, Gilgamesh? ¡Esa vida que buscas nunca la encontrarás!

—Dime —dijo Gilgamesh—, ¿quien muere reposará su cabeza para siempre bajo tierra? ¿Dormiré todos los años y nunca verá tu luz, oh Shamash? ¿Y yo? ¿Acaso también moriré?

—¿Por qué desperdicias tu juventud de esta manera, hijo mío? ¡Quédate aquí a mi lado! ¡Vive en este jardín donde no existe el dolor ni la memoria

Pero Gilgamesh no deseaba descansar ni permanecer en el jardín. «En tus viajes por los cielos, gran Shamash, ¡debes verlo todo! Dime entonces cómo encontrar a mi antepasado en el lugar de los inmortales».

Shamash señaló un sendero que descendía entre los árboles enojados. *«En esa dirección encontrarás a Sabitu, la doncella del vino. Ella te indicará el camino. Pero recuerda, Gilgamesh, aquello que buscas nunca ha existido»*. Y con esas palabras, Shamash se envolvió en sus gloriosas vestiduras y ascendió al cielo.

2. Sabitu

La doncella Sabitu estaba frente a su casa cuidando sus barriles de vino. Al oír pasos, levantó la vista y vio el rostro descuidado de Gilgamesh. Corrió a su casa y echó el cerrojo. *"¡Seguro que algún malhechor ha llegado hasta aquí, algún salvaje!"*

Pero Gilgamesh llamó a la puerta y le suplicó que abriera. *"¡Soy Gilgamesh, rey de la lejana y gran ciudad de Uruk! ¡Necesito respuestas, Sabitu, dime lo que quiero saber!"*

Sabitu, dominada por la curiosidad, preguntó: *"Si eres un rey, ¿por qué te vistes con pieles de animales salvajes? ¿Por qué tienes el rostro quemado como si hubieras entrado y salido de un horno? ¿Por qué estás pálido y desaliñado como un hombre salvaje?"*

Cuando Gilgamesh le contó su dolor y su terrible viaje bajo tierra, la doncella se compadeció. Salió de su casa y lo invitó a sentarse en una banca a su lado. Le trajo vino, carne y frutas, y lo consoló con palabras amables. *"¿Pero adónde te diriges, Gilgamesh?"*

"Voy a buscar a mi antepasado, Utnapishtim. Vive en algún sitio entre los inmortales; ¡de él aprenderé el secreto de la vida y la muerte!"

"¡Pero, ¿por qué corres de aquí a allá, Gilgamesh? ¡La vida que buscas jamás la encontrarás!"

"Solo señala el camino, Sabitu. Si debo cruzar un mar, lo cruzaré; si no es así, cruzaré el desierto y correré a través de estepas salvajes, ¡pero encontraré a Utnapishtim!"

¡Profundas son las aguas, Gilgamesh! Quienquiera que haya llegado incluso hasta este punto, jamás ha cruzado la frontera. Porque ante ti se extiende el Río Amargo, cuyas aguas son la muerte. ¿Qué harás cuando llegues a su orilla?

Y continuó hablando: *«Escúchame, Gilgamesh; cuando los dioses crearon a la humanidad, le otorgaron el don de la muerte, pero conservaron la vida bajo su cuidado. ¡Descansa aquí, oh Rey! ¡Que tus ropas sean lavadas y tu diadema brillantada como el oro! ¡Alégrate; que tu vientre se llene! ¡Bebe el buen vino de sésamo y haz de cada día un día de regocijo! ¡Toma una esposa!; tal es la vida que los dioses dieron a la humanidad!»*

Gilgamesh le dio las gracias. *«Debo continuar, oh Sabitu. Dime qué camino debo tomar».*

Sabitu condujo a Gilgamesh de la mano hasta los límites de su viñado. Señaló una vasta extensión de agua oscura y lúgubre, bordeada por una orilla blanca. Por allí, oh Rey, se encuentra el Río Amargo. En la orilla encontrarás una barca antigua y su piloto, Urshanabi. Solo él puede guiarte al otro lado, ¡pero ningún hombre vivo se ha sentado jamás a su lado! Sabitu dejó a Gilgamesh, deseándole suerte y regresó a sus labores.

3. Cómo Gilgamesh cruzó el Río Amargo

Así pues, Gilgamesh llegó al Río Amargo. Miró las aguas y la orilla, pero no vio barca ni barquero. Siguió andando y, tras cierta distancia, divisó una embarcación y se dirigió hacia ella. Seguía sin haber nadie cerca. Llamó ahuecando las manos y gritando, pero no hubo respuesta. Se sentó junto a la barca y esperó un tiempo tan largo que no pudo calcularlo, pues no había día ni noche para medirlo. Estaba impaciente; buscó de nuevo en los alrededores, llamó una y otra vez sin obtener respuesta alguna.

Furioso, Gilgamesh levantó una enorme roca y con ella rompió los soportes de los remos de la barca. De hecho, pudo haber destruido la barca, pero oyó una voz que le gritaba: "¿Qué haces? ¿Quién eres tú que te atreves a poner tus manos sobre la barca de Utnapishtim?"

¡Utnapishtim! Gilgamesh se arrepintió y maldijo su impaciencia y su rabia. "¡Estoy cansado, gentil barquero! He llegado desde lejos. ¡He cruzado las montañas de Mashu y he caminado bajo los cimientos de la tierra! ¡Con calor y frío he llegado! ¡Suspirando y llorando he seguido adelante en busca de mi antepasado, Utnapishtim! Perdona mi rabia, oh barquero; perdona mi ira, porque me he impacientado. ¡Solo llévame a través de estas aguas hasta el lugar de Utnapishtim!"

El barquero negó con la cabeza. "Ningún ser vivo ha cruzado jamás estas aguas, joven. Pero incluso si estuviera dispuesto a transportarte, eres tú quien lo ha hecho imposible, pues has destruido los toletes de la barca." Gilgamesh sintió vergüenza e inclinó la cabeza. Entonces el barquero habló en voz baja: «Anchas son las aguas, oh Caminante, pero si quieres cruzar, haz lo que te digo: adéntrate en el bosque y allí corta y labra ciento diez varas rectas de sesenta codos cada una. Con ellas nos impulsaremos para cruzar el río. Una vez que cada vara toque fondo, debe ser desechada, pues si una sola gota de agua entra en la barca o toca tu piel, morirás».

Urshanabi, el barquero, se echó a dormir en la playa mientras Gilgamesh se internaba en el bosque a cortar las varas. Al terminar esta tarea, las subió a la barca y las colocó a todo su largo. Hecho esto, partieron sobre las peligrosas aguas del Río Amargo.

4. Utnapishtim

Utnapishtim estaba recostado en su hamaca frente a la puerta de su casa. Llamó a su esposa y le dijo: «Veo la barca acercándose por el agua, pero el barquero no está solo; alguien lo acompaña. ¡Ven y dime quién es el que viaja en la barca con Urshanabi!».

Su esposa salió de la casa y se protegió los ojos, mirando al otro lado del agua. «¡Es un joven parecido a ti y a mí, pero es muy delgado y pálido!».

La barca se detuvo junto al muelle; Gilgamesh saltó y se acercó a Utnapishtim, su antepasado. Cayó de rodillas y lo miró. ¡Oh, Utnapishtim! Te contemplo y tu rostro no es tan distinto del mío. Creí encontrarme con un guerrero temible, imponente y alto, ¡pero aquí estás, tumbado de lado en tu hamaca como cualquier mortal!

"¡No me parezco en nada a ti!", gritó Utnapishtim. "¡Mírate, despeinado y afligido, vestido con pieles sucias de animales salvajes! ¿Quién eres y cómo llegaste aquí?"

"Soy Gilgamesh, rey de Uruk, oh, Utnapishtim, y tú eres mi antepasado. He venido desde lejos, a través de desiertos, estepas salvajes y bajo los cimientos de la tierra para encontrarte y hacerte una pregunta..."

"¡No tienes derecho a venir aquí, mortal! ¡El barquero será castigado!"

¡Escúchame, oh Utnapishtim! Tuve un amigo más querido que un hermano. Día y noche íbamos juntos; juntos vagábamos por las estepas salvajes y atravesábamos los bosques, cazando y luchando con animales salvajes. Juntos derribamos al monstruo Humbaba que a diario amenazaba nuestra ciudad; juntos matamos al Toro del Cielo que había sido enviado contra nosotros para destruirnos. Por todas partes caminábamos juntos, compartiendo todos los peligros y todos los placeres. Entonces la muerte llegó a Enkidu: ¡el destino de los mortales lo alcanzó! No murió en batalla como un héroe; no murió de enfermedad ni de vejez venerable; ¡la tierra se levantó y lo atrapó! Entonces, oh Utnapishtim, me invadió el terror y la pena. Solo, partí por los parajes salvajes de la tierra para

encontrarte, mi antepasado. Porque me han dicho que fuiste elegido para unirme a la asamblea de los dioses y que conoces el secreto de la vida y la muerte. Dime ahora, oh Utnapishtim, ¿debe mi hermano permanecer por todos los tiempos yaciendo en el centro de la tierra? ¿Nunca volverá a ver la faz del sol, y yo, ¿también debo morir?

Utnapishtim habló, respondiendo a Gilgamesh: "¿Acaso construimos una casa para siempre? ¿Comparten los hermanos su herencia para que les dure una eternidad? Cuando los dioses se reúnen, oh Gilgamesh, decretan el destino de los hombres. ¡Miden los días de vida, más no los de muerte!"

"Entonces dime, Utnapishtim, ¿qué secreto conoces? ¿Cómo llegaste a ser incluido entre los inmortales? ¿Eras, como yo, dos partes dios y solo una parte hombre mortal?"

"En absoluto", dice Utnapishtim. "Ponte en cuclillas, Gilgamesh, y escucha. Te contaré la historia; ¡te revelaré el secreto de mi inmortalidad!"

5. La historia de Utnapishtim

«Fue hace muchos, muchos años», comenzó. «Yo vivía en un lugar llamado Shuruppak, una ciudad ya antigua y llena de vicios. La gente de este lugar no pensaba en otra cosa que no fuera la diversión y se pasaba todo el tiempo charlando, discutiendo, gritando y cantando.

»Al comportarse así, provocaban un gran alboroto, un ruido ensordecedor, y este ruido llegaba hasta el cielo y alteraba a los dioses, especialmente al dios Enlil.

Enlil convocó una reunión de los dioses y exclamó: «Están haciendo demasiado ruido ahí abajo; no me gusta; ¡no puedo dormir!». Cuando los dioses le preguntaron qué proponía hacer al respecto, él respondió: «He ideado un plan con el que puedo exterminar a toda la población de la Tierra y así poder descansar. De hecho —dijo el dios—, he preparado una tormenta que acabará con la humanidad, un diluvio que inundará todos los seres vivos».

Los dioses no estuvieron de acuerdo y discutieron. Algunos solo querían castigar a la humanidad. Otros dijeron: «Podríamos enviar una plaga que disminuyera el número de personas en la Tierra». Pero Enlil era poderoso y su dominio era la propia Tierra. Les dijo: « Les revelo mi plan a ustedes, dioses, pero ninguno de ustedes debe decir ni una palabra al respecto a ningún mortal. ¡Nadie debe sobrevivir!».

«En realidad, Gilgamesh, ningún dios me habló ni me dijo nada. Sin embargo, una noche oí una voz que se parecía mucho a la de mi señor, Ea. La voz se acercó a la pared de mi casa y le habló, diciendo:

«¡Choza de cañas, choza de cañas!

¡Pared, pared!

¡Choza de cañas, escucha!

¡Pared, oye!

Que el hombre de Shuruppak, hijo de Ubar-Tatu

Que derribe su casa,

Que lo destruya todo todo,

¡Que lo abandone todo!

Que construya una embarcación

Para salvar la vida, para escapar de la tormenta,

Que resguarde en la embarcación,

La semilla de todo ser viviente,
De los reptiles y las aves,
De los animales domésticos y las bestias salvajes,
Y de todas aquellas criaturas que comen hierba,
A su esposa y a su hija...».

«Así a mí, como carpintero, se me indicaron las dimensiones del navío, la altura, la anchura y la longitud. Y, hablando junto al muro de mi casa, pregunté: «Pero, ¿qué diré al pueblo de Shuruppak?».

«Diles», continuó la voz,
«que el dios Enlil está descontento conmigo,
por lo que voy a vivir sobre las aguas,
que son el dominio de mi señor, Ea.
Pero en cuanto a vosotros, pueblo de Shuruppak,
una lluvia de riqueza caerá sobre vosotros,
lluvia de cebada,
lluvia de pájaros y peces,
¡lluvia de la riqueza de la cosecha!».

«Entonces», continúa Utnapishtim, « coloqué la quilla y construí la estructura según las medidas. Lideré a los trabajadores y a los artesanos, e incluso los niños llevaban cestas de brea. Para mantener contentos a los trabajadores, sacrifiqué novillos del rebaño y serví vino tinto y vino blanco como si fuera agua. Colocamos la cubierta, cargué el barco y despedí a los constructores».

«¿Y qué fue de toda la gente de Shuruppak?».

«¡La tempestad se abatió sobre la gente como una guerra! Ningún hombre lograba ver a su vecino. Adad tronaba y los demonios del viento corrían de un lado a otro. Los Anunnaki agitaban sus antorchas de relámpagos; luego llegó la oscuridad y el agua se precipitó sobre la tierra. Todo lo que había sido luz se convirtió en oscuridad; las presas se desplomaron y la tierra se rompió en pedazos como una vasija.

«Durante seis días y seis noches azotó la tormenta. Los dioses estaban aterrorizados y se acurrucaron juntos como perros. La gran Ishtar lloraba. Se retorció las manos y le decía a Enlil: “¡Oh, por qué no me opuse a ti en la asamblea de los dioses! ¡Cómo pude estar de acuerdo con semejante maldad! ¿Cómo pude permitir la destrucción de mi pueblo, de mis hijos, que ahora yacen como peces muertos en el mar?”.

Cuando llegó el séptimo día, la tormenta amainó. Abrí una ventana y miré a mi alrededor, y por todas partes había agua; no se veía tierra. ¡Todo estaba en silencio y toda la humanidad se había convertido en arcilla!

Mientras estaba allí llorando —continuó Utnapishtim—, la cima de una montaña se aferró a la parte inferior del barco y lo sujetó con fuerza. Vi que el agua comenzaba a retroceder, así que solté una paloma. Voló en círculos, pero regresó porque no había ningún lugar donde posarse. Después de un tiempo, envié una golondrina; también regresó, pero tenía barro en las patas. Envié un cuervo y voló de aquí para allá; encontró comida, comió, graznó; ¡voló y no regresó!

Cuando la cima de la montaña se alzó sobre el agua, abandoné el barco y pisé la tierra. Y, en señal de gratitud, vertí vino sobre la cima de la montaña.

Puse siete calderos para preparar un banquete para los dioses. Debajo de estos calderos encendí fuegos con cedro, caña y mirto aromáticos, y los llené con carne que había sazonado con hierbas. Los dioses olieron el aroma, olieron el dulce aroma y se reunieron como moscas alrededor de las ollas.

«Ishtar llegó, luciendo su collar de oro y gemas. "Oh, grandes dioses", exclamó, "así como nunca olvidaré mis joyas, tampoco olvidaré jamás estos días de destrucción. Que todos los dioses se unan al banquete, excepto Enlil, el causante del diluvio".

Sin embargo, Enlil vio mi barco y se acercó. Su ira era terrible de ver. Acusó a todos los dioses uno por uno, diciendo: "¿Ha escapado algún mortal? ¡Nadie debía sobrevivir a la destrucción!"

Los dioses señalaron a Ea, y él respondió así: "Oh, Enlil, ¿cómo has podido hacer esto a propósito? Podrías haber castigado a los que hicieron el mal; podrías haber enviado lobos o leones contra los que te ofendieron; podrías haber exterminado a parte de la población; pero ¿por qué querías destruir a toda la humanidad? Aun así, Enlil, ¡yo no revelé tu secreto a ningún hombre vivo!"

«Enlil se acercó a nosotros. Nos tomó a mi esposa y a mí de la mano y nos llevó al barco. Nos hizo arrodillarnos. Nos tocó la frente. «Hasta ahora», dijo, «Utnapishtim ha sido un hombre. Ahora él y su esposa serán como nosotros, los dioses. Él será inmortal; morará en la distancia, en la confluencia de los ríos...».

«Así que ya ves», le dijo Utnapishtim a Gilgamesh, «fue un dios quien intercedió por mí. Pero ¿quién intercederá por ti, oh Gilgamesh? ¿Quién convocará una reunión de los dioses por ti? ¿Quién te concederá la vida que buscas?».

Gilgamesh, pálido y cansado tras todas sus penurias, se quedó dormido. Utnapishtim lo despertó. «¡No sabes que los inmortales nunca duermen, oh rey Gilgamesh! ¡Ven, veamos si puedes permanecer despierto durante siete días y siete noches!».

Gilgamesh aceptó, pero al poco tiempo su cabeza se inclinó.

Utnapishtim se volvió hacia su esposa. «¡Mira cómo el hombre fuerte se sienta sobre sus muslos! ¡Duerme, como si una tormenta soplara sobre él!».

Pero la esposa se compadeció del joven. «¡Despiértalo, esposo! ¡Deja que regrese por el camino por el que vino!».

«Recuerda, oh esposa, cuán engañosos son los actos de los mortales. Debo demostrarle a este que no es digno de vivir entre nosotros». Utnapishtim ordenó entonces a su esposa que horneara un pan fresco por cada día que Gilgamesh durmiera y que colocara cada pan junto a su cabeza.

Pasaron siete días y Utnapishtim despertó a Gilgamesh, quien dijo: «¡Apenas había cerrado los ojos, oh carpintero, cuando me tocaste el brazo!».

«Entonces cuenta tus panes, joven; se ha horneado uno fresco por cada día que has dormido».

Gilgamesh contó los panes y el primero estaba fresco y aún caliente, pero el segundo estaba frío. El tercero ya estaba duro y el cuarto seco. El quinto estaba agrietado y seco, el sexto negro y el séptimo había empezado a enmohecerse.

Tal fue el recibimiento de Utnapishtim a Gilgamesh, quien había viajado lejos y sufrido muchas penurias solo para verlo.

6. La planta mágica

Cuando vio las hogazas de pan, Gilgamesh quedó desconsolado. *«Oh, Utnapishtim, ¿adónde iré ahora? ¿Hacia dónde me llevarán mis pasos? ¡El entumecimiento se apodera de mis miembros; la tierra aprisiona mis pies!».*

Pero Utnapishtim solo le habló al barquero: *«¡Llévalo al lugar de lavado! Deja que se quite las pieles de animal que ocultan su bella figura. Dale una túnica limpia y una cinta de oro para la cabeza, para que pueda vestirse como corresponde a un rey. Entonces, le concederé un favor: ¡decretaré que su vestimenta permanezca limpia y no se manche durante todos los días de su viaje de regreso a casa!».*

«Pero en cuanto a ti, Urshanabi, nos has traicionado: has deshonrado el cruce y el lugar de desembarque. ¡Que nunca más se te vuelva a ver por aquí! ¡Que el muelle te odie; que la orilla te rechace!».

Urshanabi llevó a Gilgamesh al lugar de lavado, según le habían ordenado. Reparó el barco transbordador. Entró en él y, con Gilgamesh a su lado, se alejó de la orilla.

La esposa de Utnapishtim lo reprendió así: *«Oh, esposo, el joven ha sufrido todo tipo de dolores y penurias solo para verte y hablar contigo. ¿Cómo puedes despedirlo así? ¿Qué le darás de este lugar para que pueda regresar a su ciudad con honor?».*

Utnapishtim llamó al bote para que regresara al muelle. *«Gilgamesh, te diré algo, y es un secreto de los dioses. En el fondo de este río crece una planta. Da una flor que huele a rosa. Al igual que una rosa, tiene un tallo espinoso que pincha y araña las manos. Sin embargo, si algún mortal puede alcanzar esta planta, si puede arrancarla y comer un bocado de ella, ¡la juventud le será devuelta como la primavera vuelve cada año! Este es el secreto que te revelo».*

Gilgamesh gritó de alegría: *«¡Urshanabi, alcanzaremos la planta y la arrancaremos! Volveremos a Uruk, tú y yo; compartiremos la planta entre los ancianos de la ciudad y ellos recuperarán su juventud y su fuerza. La llamaremos "¡Los viejos vuelven a ser jóvenes!"*

«¡Cuidado, oh Gilgamesh! ¡Esto es una trampa para tu corazón rebelde! Las aguas del río son la muerte, y nadie puede entrar en ellas y salir con vida»

«¡Los ancianos volverán a ser fuertes! ¡Las abuelas se convertirán en doncellas!».

«En cambio, te vencerá el agua amarga, oh rey. ¡Ven, deja que la planta permanezca donde crece!».

«Pero si puedo agarrar la planta, recuperaré mis fuerzas y viviré. Saca el bote del agua, Urshanabi, y espérame».

Gilgamesh se paró en el muelle y ató piedras pesadas a sus pies. Poco a poco se adentró en el río y las piedras lo hundieron. El agua era espesa y estaba llena de salmuera, y no podía ver nada. Pero la fragancia de la flor era tan intensa que lo impregnaba todo. Gilgamesh se sintió atraído por ella, la tocó y la arrancó de raíz, a pesar de que le pinchaba y le arañaba las manos. Se quitó las piedras de los pies y el agua lo rechazó y lo lanzó a la orilla lejana.

Allí le esperaba Urshanabi y juntos se pusieron en marcha a través de la tierra y caminaron una distancia desconocida.

Cruzaron montañas; llegaron al bosque sagrado, lo atravesaron y llegaron al crepúsculo.

Se sentaron a descansar un rato para luego continuar. Ahora, guiados por la salida y la puesta del sol, caminaron una distancia de veinte horas dobles.

Al encontrar un manantial de agua fresca, decidieron descansar y dormir. Gilgamesh se quitó la túnica, regalo de su antepasado, y se bañó en el estanque. Cuando salió limpio y refrescado, vio una serpiente a sus pies. La criatura agarró la planta mágica y se deslizó entre la hierba. Gilgamesh la persiguió con fuertes gritos y alaridos. Pero la serpiente entró en un agujero en la tierra, salió por el otro lado y se zambulló en las aguas del estanque, dejando atrás solo la piel vieja y marchita que se le había desprendido al recuperar su juventud.

Gilgamesh golpeó su pecho y se retorció las manos. *«Oh, Urshanabi, ¿por quién se han cansado mis manos y palidecido mis mejillas? ¿Por quién se ha derramado mi sangre? ¡Por una serpiente! ¡Por un animal rastrero! ¡Oh, mi planta mágica, oh, mi flor! ¿Quién me los devolverá de las profundidades de la tierra? ¡Por qué no los dejé en el muelle del carpintero!».*

Caminaron durante tres puestas y salidas del sol. Llegaron al río Éufrates y se lavaron las manos en sus aguas. Sobre ellos se alzaban los templos con torres y las altas murallas de Uruk. *«¡Ven, Urshanabi!»,* dijo Gilgamesh, y empezó a correr.

Hizo que Urshanabi trepara por las murallas con él. *«Contempla»,* dijo, *«¿no es la más noble de las ciudades? ¡Observa las murallas, si no están hechas todas de ladrillos cocidos! Examínalas, cómo se acoplan entre sí; fíjate en la terraza de los cimientos! Contempla la extensión de la ciudad, oh barquero, observa cómo está distribuida: un tercio son viviendas, un tercio arboledas y un tercio el recinto de los templos. ¡Juzga por ti mismo si no fue diseñada por los Siete Sabios!».*

Descendieron a la ciudad y enseguida se vieron rodeados por la multitud, que se amontonó a su alrededor, estrechando las manos de su rey, abrazándolo y haciéndole preguntas. *«¿Qué nuevas aventuras había vivido? ¿Qué nuevas hazañas se sumarían a su gloria?».* Miraron a Urshanabi con gran curiosidad, preguntándose por su extraño aspecto, tocando sus vestiduras de una época lejana y un lugar casi olvidado. Se declaró un día festivo y de nuevo hubo banquetes en toda la ciudad de Uruk.

Ninsun se había vestido de luto durante la ausencia de Gilgamesh. Ahora se vistió de blanco y se adornó con las joyas más exquisitas. *«¡Gilgamesh! ¡Has vuelto y sigues vivo! ¿Te has encontrado cara a cara con tu antepasado, Utnapishtim? ¿Has encontrado lo que buscabas? ¿Tu inquieto corazón está por fin satisfecho?».*

Gilgamesh le contó todas sus andanzas mientras ella lo escuchaba con los ojos muy abiertos. Le contó cómo había cruzado las montañas de Mashu y se había encontrado cara a cara con el gran Shamash, el sol. Le contó cómo había sido tratado con amabilidad por la doncella del vino, pero ridiculizado por su antepasado, Utnapishtim, el lejano. Habló con tristeza de la planta mágica, y de cómo una serpiente la había arrebatado y se la había llevado bajo tierra. Y Urshanabi fue su testigo.

«Aún me queda una tarea por cumplir, querida Ninsun», le dijo Gilgamesh a su madre. *«Debo encontrar a Enkidu».*

«¡Oh, Gilgamesh, deja de correr de aquí para allá! Quédate en Uruk, hijo mío; toma una esposa. Ten un hijo al que puedas guiar de la mano. ¡Así se conforma la vida!».

«Primero, dime qué camino tomar, madre. ¿Cómo debo dirigir mis pasos para encontrar a mi amigo?».

La paciente Ninsun subió al tejado de su palacio. Preparó incienso y se dirigió al dios Shamash: «Poderoso Shamash, ¿cómo debe dirigir sus pasos mi hijo para encontrar a su amigo Enkidu?».

El dios respondió: «Dile esto a Gilgamesh:

Dile que su destino nunca fue la inmortalidad, sino ser un gran soberano e inspiración para la humanidad. Que se enorgullezca de los altos muros que ha construido que protegerán a esta ciudad pero que serán modelo para muchas por venir. Dile que use su poder sabiamente y que sea justo con sus siervos pues estará siempre bajo la mirada del dios solar.

Que sepa que su historia será grabada en piedra y su nombre y el de su amigo serán recordados durante más tiempo que cualquier otra historia sobre la amistad que exista.

Gilgamesh no ha de desesperar, pues ha tenido la oportunidad de atravesar la oscuridad para encontrar la luz. Y así se convertirá en luz y sombra para la humanidad, inspirando incontables victorias en seres excepcionales.

Cuando recibió este mensaje de su madre, Gilgamesh al fin quedó tranquilo, y supo finalmente que no podría continuar oponiéndose a su destino. Sus fuerzas tampoco eran ya las de un joven aventurero y finalmente, empezó a vivir una vida de mortal, esforzándose siempre por ser virtuoso en todos sus actos.

Años después, en un día soleado, Gilgamesh murió pacíficamente en su reino. Fue un día de gran luto en la ciudad. Todos los habitantes de Uruk desfilaron ante su altar, ofreciendo todo tipo de regalos y oraciones. Junto con los lamentos, la gente también cantó sobre sus hazañas, los escribanos las grabaron en piedra, los bailarines las interpretaron en danzas, los escultores tallaron su rostro y el de su amigo en piedra, inmortalizándolos por el resto de los tiempos.

Aportación, traducción y adaptación libre al español
Lino Carlin M.

Más sobre Gilgamesh en:

<https://ideaswaldorf.com/gilgamesh-I/>
<https://ideaswaldorf.com/gilgamesh-y-enkidu/>
<https://ideaswaldorf.com/sueno-de-gilgamesh/>
<https://ideaswaldorf.com/la-epopeya-de-gilgamesh-2/>
<https://ideaswaldorf.com/humbaba/>